

# El hispanismo de Hispanoamérica

EMILIA DE ZULETA  
Universidad Nacional de Cuyo  
Mendoza, Argentina

## I. PROBLEMAS Y ANTECEDENTES

### 1. Algunos deslindes

Este trabajo ha de comenzar, necesariamente, con varios deslindes. El primero concierne al término *hispanismo* con el cual se nombra, habitualmente, el estudio de las lenguas, las culturas y las literaturas hispánicas sin diferenciación del área geográfica en donde ellas se manifiestan<sup>1</sup>. El elemento común de la lengua parece estar en la base de una definición tan abarcadora la cual resulta, además, confirmada por el uso que se viene haciendo desde las zonas ajenas a su orbe lingüístico específico. La importancia del hispanismo académico construido durante un siglo y medio en las universidades norteamericanas y europeas, corrobora con hechos esa amplitud del enfoque. La difusión universal de la literatura hispanoamericana en las últimas décadas proyecta, incluso con gravitación privilegiada, lo que se conoce como hispanismo hacia las zonas exteriores a la Península.

Sin embargo, desde *Hispanoamérica*, el término *hispanismo* sigue nombrando —preferentemente y sin desconocer otras connotaciones—, tanto la presencia de lo español en obras americanas como el estudio de la lengua, la literatura y la culturas *españolas*: de este sector limitado se ocupará nuestro trabajo.

Un segundo deslinde debe efectuarse en relación con los niveles de ese hispanismo de Hispanoamérica el cual no siempre ha abordado objetos perfectamente acotados en procura de su conocimiento científico, como pudiera hacérselo desde otras perspectivas del hispanismo internacional. Las cuestiones científicas y académicas han surgido en Hispanoamérica fuertemente ligadas a procesos históricos y políticos y a la voluntad que, bajo formas antagónicas, buscaba definir una identidad cultural hispanoamericana. Ello determina, muchas veces, el sujeto, el objeto y la intención

<sup>1</sup>

Tal enfoque abarcador prevalece en el discurso de Dámaso Alonso cuando inaugura el 2º Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas y habla de la gran expansión geográfica y de las veinte culturas que abarca este nuevo hispanismo (Alonso, 1967: 22).

de nuestro hispanismo. En cuanto al primero, nuestros hispanistas no fueron exclusivamente especialistas universitarios sino, en muchos casos, intelectuales activamente comprometidos con la vida pública en un vaivén de la reflexión a la acción exigida por ese compromiso. Ello determina, a su vez, el objeto y la intención: en la constitución del canon del hispanismo hispanoamericano ha influido, a veces con fuerza determinante, el propósito de rechazar o de fundar tradiciones propias por referencia a la tradición española y a cuestiones como la restauración espiritualista, el nacionalismo, el liberalismo o la voluntad de construir mitos operantes en un común espacio hispánico. En suma, nuestro hispanismo, en el sentido restringido del término que acotáramos al comienzo, debe ser entendido en el marco de las conflictivas relaciones entre España y América desde su independencia<sup>2</sup> y según las inflexiones que ellas determinan en la búsqueda de la identidad y la expresión propia de nuestro continente. Por ello, aun los trabajos aparentemente más objetivos de nuestro hispanismo científico son incomprensibles si no se tiene en cuenta esa profunda inserción en la sociedad y en la cultura hispanoamericana.

Queda todavía un tercer deslinde, quizá el más difícil: toda labor crítica en materia literaria es siempre deudora de la lectura que de las obras hicieron los grandes lectores de cada generación, aunque no siempre esa deuda haya sido reconocida por los especialistas. En el caso de nuestro hispanismo, la distancia entre sus grandes lectores y sus investigadores parece aminorarse y, además, en muchos casos, los especialistas fueron simultáneamente los grandes lectores y maestros de lectura de nuestras comunidades.

Nuestro objeto es complejo. No siempre estos tres deslindes serán posibles pero, implícitos o explícitos, sostendrán la trama de nuestra exposición y, por tanto, confiamos en que estén presentes en quien lea estas páginas.

## 2. Antecedentes

Es indudable que a la cabeza de nuestros hispanistas de Hispanoamérica habría que situar al venezolano Andrés Bello quien hacia 1810 tomó contacto con la *Gesta o Cantar de Mio Cid*, durante su prolongado exilio en Londres. Primero en la biblioteca de Miranda donde tuvo acceso a la *Colección de poesías castellanas anteriores al siglo XV* de Tomás Antonio Sánchez, y luego, a partir de 1817, en el Museo Británico, comenzó su abordaje de estos temas de la épica medieval. Durante largos años, en estudios solitarios y en intercambio con los exiliados hispanohablantes, fue documentándose y escribiendo varios trabajos. La reconstrucción del *Poema* superando los problemas que planteaba, los estudios sobre la épica francesa y su influencia sobre la española, la investigación sobre la rima y la versificación latinas en relación

<sup>2</sup>

Ofrece abundante material sobre este punto la obra de Carlos Rema, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América latina. Siglo XIX*. México, FCE: 1982.

con los romances, fueron pasos sucesivos que debieron coronarse con una edición crítica de aquel texto. Conocidos de modo parcial durante su vida, estos trabajos fueron reunidos con otros inéditos, en forma póstuma, en 1881. Merecieron los elogios de Ticknor y de Menéndez Pelayo, y aunque hoy no pesen mucho en la inmensa y variadísima obra de su autor, de haber sido publicados en el momento de su producción, hubieran encabezado la investigación cotidiana fuera cual fuere el juicio de la crítica posterior.

Pero en función de este trabajo cabe que nos preguntemos, sobre todo, acerca de la intención que pudo darles origen. Nuestra respuesta coincide con la del ilustre bellista venezolano Pedro Grases: “Seguramente le llevaba a ellos el ánimo de ensanchar la base de la cultura a que se sentía pertenecer” (58).

Ensanchar la base de la cultura común era también la intención del *hispanismo práctico* que, con el propósito declarado de superar la retórica decimonónica prevaleciente en estos asuntos, comienza a surgir en España hacia la época de la celebración del IV Centenario del descubrimiento de América y que cuaja en instituciones como la Unión Iberoamericana, creada en 1884 políticos como Cánovas y Castelar y escritores como Menéndez Pelayo, Valera y Unamuno imbuidos de la idea de una *comunidad hispánica*. Otra manifestación análoga, donde lo político e intelectual se unía a los intereses económicos, consiste en la fundación de editoriales y de publicaciones periódicas que contribuyeron a proyectar esta acción en diferentes niveles.

Hacia fin de siglo el elenco de hispanistas hispanoamericanos se incrementó con figuras notables como la del argentino Calixto Oyuela, el chileno José Toribio Medina o los cubanos José de Armas y Cárdenas (“Justo de Lara”), Enrique Piñeyro y José Enrique Varona, entre muchos otros. Calixto Oyuela publicó en 1889 sus *Estudios y artículos literarios* donde reúne su comentario de las poesías de Menéndez Pelayo y su crítica de numerosas obras teatrales españolas. Asume, asimismo, la defensa polémica de Menéndez Pelayo contra Leopoldo Lugones, y de la cultura española, de su modernidad de estilo y de pensamiento, contra los ataques de Paul Grouseac. En 1898 se publicó otro libro suyo, representativo de otra modalidad de su hispanismo, *España: versos y prosa*, de exaltación de España en la doble encrucijada del IV Centenario del descubrimiento y de la derrota del 98, el cual contiene poemas rescatables para una posible antología de la poesía patriótica y civil hispánica. Oyuela fue fundador y primer presidente de la Academia Argentina de Letras (1931), lo cual indica la cota alcanzada por el hispanismo argentino durante ese lapso.

José Toribio Medina, el gran polígrafo chileno, publicó también estudios notables sobre literatura española y, especialmente, sobre Cervantes. Un grueso volumen de seiscientas páginas, *Estudios cervantinos*, reúne sus trabajos sobre el posible autor de *La tía fingida*, sobre *La Galatea* y otro sobre *Cervantes en Portugal* y *Cervantes en las letras chilenas*, y otros textos de carácter biográfico y bibliográfico.

El cubano José de Armas y Cárdenas ("Justo de Lara"), se declaraba discípulo de Menéndez Pelayo y seguía su orientación historicista y filológica en sus estudios sobre literatura española y sobre Cervantes. Su compatriota Enrique Piñeyro publicó en 1904 su libro sobre *El Romanticismo en España*, discutible en algunos aspectos pero utilísimo en su momento. Y José Enrique Varona contribuyó a otro aniversario cervantino con su obra sobre *Cervantes y el Quijote* (1905).

Simultáneamente, se entrecruzaban otras direcciones del hispanismo: 1) la constituida por la presencia en América de emigrados españoles, críticos, periodistas, profesores, que venían desplazados por la Restauración de 1874 o como parte de la gran oleada inmigratoria; 2) la hispanización de las letras americanas de fin de siglo por influjo de Rubén Darío, un gran mediador de lo hispánico en el contexto de su singular cosmopolitismo; 3) la educación de nuestro público a través de los grandes diarios y revistas —*La Nación*, *La Prensa*, *Caras y Caretas*, *Nosotros*— donde publicaban regularmente sus colaboraciones importantes escritores españoles.

## II. UN HISPANISMO DE HISPANOAMÉRICA

### 1. Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes

Pero más allá de estas direcciones precursoras el hispanismo de Hispanoamérica define su primer enclave institucional, unos objetivos culturales concebidos como tarea colectiva y una propuesta de rigor y método científico en un lugar y en un tiempo precisos: México y el grupo que se perfila en tomo de la revista *Savia Moderna* (1906), luego en el Ateneo de la Juventud (1909) y más tarde en la Universidad, aquellos jóvenes, Alfonso Caso, José Vasconcelos y, sobre todo, Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes emprenden una acción encaminada, según el último de los nombrados, a la profunda trabazón entre la "vida universitaria y libre de las letras" y la "preocupación educativa y social." En su programa la lectura de los clásicos griegos y el descubrimiento de Inglaterra se integran con el reencuentro con España<sup>3</sup>.

Refiriéndose a este último aspecto recuerda Henríquez Ureña: "Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia" (1960, 1: 612). En su ambición de totalidad, inclusiva de lo ético y lo estético, del presente y el pasado para hallar la clave comprensiva de América, Henríquez Ureña como otros grandes americanos, debió reinsertar a España, su cultura y su problemática, en nuestro propio horizonte. En este sentido su obra no puede ser comprendida fuera de su marco epocal y coincide en su intención con la de los noventaiochistas españoles. Como ellos, se remonta a la búsqueda de la casta íntima —que no es racial sino cultural— que se va haciendo

<sup>3</sup>

Ver mi trabajo "España en la comprensión de América de Henríquez Ureña", Sur 355 (jul.-dic. 1984): 155-76.

expresión original en el idioma para proyectarse hacia el futuro. Lo diferencia de aquellos la amplitud del horizonte abarcado y un poderoso dinamismo espiritual que no se agota en propuestas regeneracionistas sino que se dispara hacia la utopía: "Trocaremos en arca de tesoros la modesta caja donde guardamos nuestras escasas joyas, y no tendremos por qué tomar el sello ajeno del idioma en que escribimos, porque para entonces habrá pasado a estas orillas del Atlántico el eje espiritual del mundo español," dice en el primero de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1960, 2: 250). En la estructuración de este ambicioso programa intelectual, el hispanismo fue una clave capital que le dio el sello de su admirable coherencia.

Este largo trabajo había comenzado durante su infancia en Santo Domingo, en medio de la desesperada lucha de este país por salvar su tradición hispánica. Su educación, basada en lecturas españolas, se completa con el magisterio de la obra de Menéndez Pelayo que le deja la impronta de una concepción totalizadora, de una visión de la historia de la cultura como pregunta sobre el pasado orientada hacia el porvenir, y de una concepción historiográfica articulada en grandes síntesis.

Ya en México, entre 1906 y 1914, Henríquez Ureña y Alfonso Reyes convergen en una tarea generacional cuyo componente decisivo es ese hispanismo renovado según los siguientes objetivos: 1) reintegración del estudio de la literatura española dentro del marco de un nuevo humanismo que abarca la cultura clásica y, sin romper los lazos con la cultura francesa, incorpora la inglesa, italiana y alemana (1960, 3: 595-603); 2) la renovación de los métodos de la erudición hispánica, por influencia alemana y a través de Milá, Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal y su escuela; 3) revisión del cuadro histórico literario abarcando en un marco común la literatura española y la hispanoamericana.

Por entonces prepara Henríquez Ureña sus *Tablas cronológicas de la literatura española* para sus alumnos de la Universidad de México. Editadas en ese país en 1913 y en Estados Unidos en 1920, es el primero de los instrumentos rigurosos con que su autor habría de contribuir a la labor pedagógica en este campo.

En 1914 inicia una fructífera etapa en los Estados Unidos. Allí es primero estudiante y luego profesor en la Universidad de Minnesota, y en 1918, tras un breve viaje a España, defiende su tesis doctoral sobre *La versificación irregular en la poesía castellana*. Durante esta permanencia en los Estados Unidos perfecciona su relación con lo hispánico de dos modos diferentes: 1) obligado a enseñar literatura española en un medio extranjero, procura captar los grandes cuadros y los conceptos generales; 2) descubre que no hay labor sólida y perdurable fuera de la comunidad científica internacional. Ya en 1914 había hecho el elogio del hispanismo norteamericano. Ahora la evidencia se le impone: "Pero, fuera de España, no existe grupo de eruditos comparables por la abundancia de calidad, al que forman los catedráticos de los Estados Unidos" (1976, 111, 177-78). En el mismo artículo elogia la labor de Huntington en la

Sociedad Hispánica de Nueva York, y concluye con un índice de hispanistas norteamericanos clasificados por universidades.

En aquel breve viaje a España de 1917, Henríquez Ureña había trabajado intensamente en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y en bibliotecas y archivos madrileños. Sin embargo, tenía la convicción de que la civilización española pasaba por América y que en estas tierras tendría su realización cabal (1976, V: 75). Su hispanismo mantenía, pues, distancia frente a España y esa es una de sus notas capitales.

Lo cierto es que volvió a España entre 1919 y 1920, editó allí su tesis y estableció contactos muy selectivos con la vida literaria madrileña. También era selectiva su propuesta de una posible ejemplaridad de la literatura española pues pensaba que no todos los modelos eran convenientes para los hispanoamericanos. Ya en 1913 le había escrito a Reyes: "En América necesitamos de escuelas alambicadas y complicadas, de escuelas que obliguen al escritor a rebuscar y a pensar, como el gongorismo y el modernismo" (1981: 169). En 1922 aparece en México su libro *En la orilla. Mi España*, donde reúne varios artículos de tema español escritos desde 1914. Cierra así una etapa durante la cual afianzó su formación científica y clarificó su hispanismo. La siguiente —tras una escala en México—, se cumplirá en Buenos Aires.

Alfonso Reyes converge en México con Henríquez Ureña, entre 1906 y 1913, después de sus primeros estudios que tienen, también, el sello del magisterio de Menéndez Pelayo. Su primer viaje a París en 1913, lo pone en contacto con el hispanista francés Foulché Delbosc con quien colabora en la edición de las obras de Góngora. Simultáneamente desarrolla sus propios estudios sobre el tema que lo convierten en un reconocido precursor de la revaloración de este poeta. En 1914 se traslada a Madrid y comienza su actividad en el Centro de Estudios Históricos, al lado de Federico de Onís y de Solalinde. Ahora integra su método erudito con el método crítico mientras prepara ediciones, entre ellas su prosificación moderna del *Poema del Cid*.

Hace amistad con Azorín, Díez-Canedo, Moreno Villa, y con Ortega quien lo presenta en *España, El Imparcial y El Sol*. Su producción de aquella etapa está recogida en varios volúmenes que abarcan aspectos de la vida, las costumbres españolas y las letras españolas, en enfoques aparentemente impresionistas que se apoyan en una sólida cultura literaria y en una capacidad teórica que se manifestaría en varios libros, durante la década de los cuarenta, y sobre todo, en *El deslinde*, máxima contribución de Hispanoamérica a la teoría literaria.

Durante aquellos años españoles el hispanismo de Reyes se acendra en el marco de un cosmopolitismo análogo al de algunos coetáneos españoles, Ortega, Gómez de la Serna, Guillermo de Torre. Pese a su inmersión en la vida y en la cultura española mantiene frente a ellas distancia crítica. Sin duda, su hispanismo, como el de Henríquez Ureña, fue un camino hacia la universalidad.

## 2. El intercambio con España

Durante aquellas dos primeras décadas del siglo XIX el intercambio con España se intensifica con distintas modalidades. Seleccionamos algunos casos, no sólo por el interés que en sí mismos presentan, sino por su significación como tendencias del hispanismo.

Una de ellas podría estar representada por los viajes de dos argentinos, Ricardo Rojas y Manuel Gálvez, dentro del marco del renacimiento espiritualista que se produce por entonces en Hispanoamérica. Rojas viajó a España en 1907 con un propósito definido: “Yo había partido a Europa con dos propósitos personalísimos: estudiar a España para buscar las claves de nuestro origen; y conocer las naciones europeas que más influyeron en el desenvolvimiento de la Argentina después de su organización como república autónoma” (Rojas, 1938; 342). De su descubrimiento surgieron *El alma española: ensayos sobre la moderna literatura castellana* (1908) y *La restauración nacionalista* (1910) cuya importancia fue simultáneamente destacada por la crítica argentina y por Miguel de Unamuno, Ramiro de Maeztu y José Enrique Rodó.

A partir de 1916 dictó varios cursos sobre Cervantes y sobre el teatro español. Dentro de sus *Obras completas* figura un volumen sobre *Cervantes* (1948) a quien estudia como poeta lírico, dramático y épico, y editó también sus poesías. Conservó el entusiasmo por los estudios hispánicos hasta sus últimos años y alcanzó a publicar un artículo sobre la métrica *del Poema del Cid* que anticipaba un libro en proyecto (Moya: 306).

Manuel Gálvez estuvo en España entre 1906 y 1910. Su hispanismo, surgido de ese contacto y de sus convicciones católicas que lo alejaron de su primitiva inclinación izquierdista, se manifestó en su libro *El solar de la raza* (1913). En él, espiritualismo y nacionalismo —fundados en el reconocimiento de las raíces españolas—, eran consignas para la defensa de la vida espiritual frente al materialismo dominante (Zuleta Alvarez, 1; 89-90 y 167-69).

Estas experiencias individuales anticipan la dirección del nacionalismo hispanizante que cuaja hacia 1928 en la Argentina y, más decididamente aún, en los programas de revistas como *Síntesis* (1927-1930) o más en *Sol y luna* (1938-1943) cuyo hispanismo se reafirmó en polémicos documentos (E. de Zuleta, 1983: 147-56, 63-96). En *Síntesis* publicó Manuel Gálvez *La filosofía de Unamuno* (1928) trabajo que junto con *Acerca de Unamuno poeta* (1923) de Jorge Luis Borges, aparecido en la revista *Nosotros*, son buenos ejemplos, de lecturas, no de eruditos sino de lectores excepcionales que encabezan una dirección que se extiende, con diversas modulaciones de interés y de nivel, por toda América hasta el presente (E. de Zuleta, 1987).

Entre tanto, desde la otra orilla, practicaban diferentes formas de hispanismo los que han sido llamados “americanos de España,” instalados allí por largo tiempo y

que difundían las letras españolas en sus artículos y libros. El colombiano Rufino Blanco Fombona, por ejemplo, quien entre 1914 y 1936 difundió no sólo libros americanos, a través de sus artículos y empresas editoriales, sino que se ocupó de la literatura española y de las relaciones entre América y España (Fogelquist: 319-25).

También estuvo incorporado a la vida literaria española el mexicano Francisco de Icaza cuyo libro *Las Novelas Ejemplares de Cervantes* (1901) obtuvo el premio Ateneo de Madrid, y publicó luego otras obras sobre este autor, sobre Mateo Alemán, Gutierre de Cetina y Lope de Vega. Casi todos sus trabajos fueron publicados en revistas de primer nivel y tuvo a su cargo varias ediciones dentro de la prestigiosa colección de Clásicos Castellanos de La Lectura .

El cubano José María Chacón y Calvo, diplomático como Icaza, vivió en España hasta 1936 y fue otro activo mediador entre Hispanoamérica y las letras españolas según se desprende de la lectura de su epistolario con las grandes figuras de las generaciones del 98 y el 27 (Gutiérrez Vega, 1986: 10).

Muchos hispanoamericanos que viajaron esporádicamente a España, ejercieron a través del ensayo una forma discontinua, y a veces muy crítica, de hispanismo. Tal es el caso del chileno Armando Donoso quien, en *Dostoiewski, Renán, Pérez Galdós* (1925), revaloriza el teatro y los *Episodios nacionales* galdosianos frente a la incomprensión de la crítica española de aquel momento. Fue también uno de los primeros en advertir la renovación iniciada por Américo Castro a quien sitúa en una "izquierda filológica" que empieza a diferenciarse de Menéndez Pidal y su grupo. En su libro *La otra América* (1925), le reprocha a Henríquez Ureña su adhesión a la erudición pidaliana y que haya optado por una cátedra "árida y cotidiana" en "Yanquilandia" (Donoso, 1925: 75-76 y 84).

Habría que mencionar el caso de los creadores literarios, poetas y narradores que hicieron hispanismo en ese otro sentido del término que alude a la reelaboración de temas y de ambientes españoles. Basten dos ejemplos: el de *La gloria de Don Ramiro* (1908) de Enrique Larreta, que tuvo inmenso éxito en la crítica española, y el de *El embrujo de Sevilla* (1921) del uruguayo Carlos Reyles, un equivalente algo inferior y menos prestigioso

Pero más profundo y productivo fue el hispanismo de otros creadores de la etapa de las vanguardias, como Jorge Luis Borges, uno de los grandes lectores de este siglo, quien ya a los veintitrés años publicara el mencionado ensayo sobre Unamuno y a los veinticuatro otro sobre Quevedo, en la *Revista de Occidente*, testimonio de dos devociones nunca desmentidas que, junto con la de Cervantes, siguieron alimentando la trama intertextual de sus ficciones. Sin embargo, Borges y sus camaradas de promoción mantuvieron algunas batallas literarias contra los vanguardistas peninsulares cuyo fundamento se halla en gran parte, en sus actitudes divergentes frente a la tradición literaria española (E. de Zuleta, 1983: 30-32). Su hispanismo de lector fue, sin duda, extremadamente selectivo, como el de Reyes y Henríquez Ureña, y como el de

muchos otros hispanoamericanos de su generación y posteriores, desde Miguel Ángel Asturias hasta Octavio Paz.

### III. DEL ENSAYISMO CRÍTICO HACIA EL HISPANISMO CIENTÍFICO

#### Un núcleo de irradiación: el Instituto de Filología.

Pese al nivel y a la calidad de los esfuerzos que acabamos de describir, la evolución hacia un hispanismo científico progresa decididamente cuando se crea en Buenos Aires el Instituto de Filología de la Facultad de Filosofía y Letras (Weber de Kurlat).

Tras algunos proyectos anteriores, la iniciativa comienza a concretarse a partir de una carta del Decano, Ricardo Rojas, a Ramón Menéndez Pidal en 1922. En su inauguración, en junio de 1923, Rojas expresa el anhelo de la formación “de una escuela filológica argentina que contribuya al acervo de la filología universal”.

Desde 1914 funcionaba en Buenos Aires la Institución Cultural Española, protagonista principalísima de las interrelaciones hispano-argentinas, la cual colaboró en la creación del Instituto costeadando los viajes de sus primeros directores: Américo Castro (1923), Agustín Millares Carlo (1924), Manuel de Montoliu (1925), Amado Alonso (1927)<sup>4</sup>. Desde 1924 se incorpora otra presencia decisiva, la de Pedro Henríquez Ureña.

Américo Castro ya tenía una personalidad definida en el momento de su llegada a Buenos Aires. Aquel joven estudioso a quien Ortega presentara como modelo de rigor científico en una antigua polémica con Unamuno, en 1909, encabezaba ahora una nueva dirección filológica. Precisamente su coincidencia con Ortega puede explicar en parte la creciente importancia que concedía al *zeitgeist* en la articulación de su nuevo planteo historicista, superador del positivismo (Portoles: 89-113; Lapesa: 120-34). Su magisterio en el Centro de Estudios Históricos madrileño era ya sobresaliente y durante esos meses en Buenos Aires alcanzó a fijar el rumbo de la nueva institución y a dejar encaminada la edición de una *Biblia Medie val Romanceada. I. Pentateuco*, que continuarían Millares Carlo y Ángel Battistessa y que aparecería en 1927 como primera publicación del Instituto<sup>5</sup>.

<sup>4</sup> La enorme labor de la Institución se refleja en los cinco volúmenes de sus Anales (1947-1953), que contienen una minuciosa crónica y nutridas transcripciones de clases y conferencias. En 1943 editó catorce pequeños volúmenes, agrupados en la Serie española de validación argentina y la Serie argentina de validación hispánica, material de gran valor y poco trabajado.

<sup>5</sup> Battistessa, que fuera llevado al Instituto por Castro, permaneció allí por largos años y lo dirigió en diversas etapas de transición. Con una obra importante como traductor y crítico, sus contribuciones al hispanismo consisten en trabajos breves como los que reuniera en *Poetas y prosistas españoles* (1943), dentro de la serie de publicaciones de la Institución Cultural española que acabamos de mencionar.

Pero la consolidación definitiva se producirá a partir de 1927, bajo la dirección de Amado Alonso quien venía de España con una actuación destacada. Precisamente durante el verano anterior había intervenido en el XV Curso de Vacaciones organizado por el Centro de Estudios Históricos. Fue allí donde el hispanista norteamericano Coester, el 10 de Julio de 1926, anunció la creación de una asociación de profesores de español de los Estados Unidos y de su revista *Hispania*: "Ahora, *Hispania* y nuestra Asociación constituyen el baluarte más fuerte de los idiomas contra los ataques de los educadores de profesión" (*XV Curso de Vacaciones*: 183).

No era esta la función principal del Instituto de Buenos Aires, inscripto en una órbita hispánica, pero hubo resonantes polémicas entre quienes privilegiaban el estudio científico del idioma —como Castro y Alonso—, y quienes —como Arturo Costa Álvarez—, se inclinaban hacia lo gramatical normativo.

Rápidamente la acción del Instituto se ensancha a través de la formación de investigadores y de un ambicioso programa de publicaciones. Alonso, junto a Pedro Henríquez Ureña y Eleuterio Tiscornia, inicia la publicación de varias colecciones: Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana, Colección de Estudios Estilísticos, Colección de Estudios Indigenistas<sup>6</sup>. Simultáneamente, se concentra en la difusión de nuevas doctrinas en el campo de la filología y en la formación de discípulos. En él se unían el especialista, el pedagogo y el hombre de acción y, habiéndose dado en Buenos Aires la circunstancia propicia, participó junto con Henríquez Ureña en la redacción de los nuevos programas de enseñanza del castellano que llevaron por primera vez al nivel inicial de las escuelas secundarias las doctrinas lingüísticas de Saussure, Bally y Vossler.

Su labor de lingüista no estaba desligada de la de crítico literario con método estilístico original, y buena parte de esta faceta de su producción tuvo su origen en Buenos Aires (E. de Zuleta, 1974: 239-77; Rosenblat, 1953: 113-19).

Henríquez Ureña, por su parte, había tenido el Instituto como meta desde su fundación. Él le había aconsejado a Rojas que buscara como "jefe a un horrible del Centro de Estudios Históricos" y, luego, había logrado que se lo llamara a Buenos Aires. Allí completó su método y su estilo, el de las grandes obras últimas, que Amado Alonso ha caracterizado así: "El deleite estético no era completo en él sin la inteligencia crítica de la estructura de la obra, que reclamaba a su vez, la inserción en la historia de la cultura" (Alonso: 29). Y ambos, Alonso y Henríquez Ureña, contribuyeron a que el Instituto se convirtiera en "el centro principal de investigación filológica en el mundo" (Henríquez Ureña, 1947: 158).

<sup>6</sup>

Mención especial merecen la edición de la *Introducción a la estilística romance* (1932) que reúne textos de K. Vossler, L. Spitzer, H. Hatzfeldt, traducción y notas de Amado Alonso y Raimundo Lida; y la de *El impresionismo en el lenguaje* (1936), recopilación de estudios de Ch. Bally, E. Richter, A. Alonso y R. Lida.

Ambos, también, publicaron artículos en las principales revistas y diarios en una invaluable tarea de educación del público. Gran parte de los de Alonso fueron recogidos en su libro *Materia y forma en poesía* (1955), y los de Henríquez Ureña en *Plenitud de España* (1940). Este último escribió también los estudios preliminares de la colección "Las cien obras maestras de la literatura y el pensamiento universal" de la editorial Losada, y preparó una antología *Cien de las mejores poesías castellanas* (1928) reimpresa muchas veces.

En sus obras capitales, *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) e *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947), España y la cultura española aparecen definitivamente integradas en la visión total de América, y la interacción entre lo peninsular y lo americano está repleta de sugerencias que componen una dirección original de nuestro hispanismo.

Este hispanismo integrador de ambas orillas, el rigor filológico, el enfoque metódico plural —lingüístico, cultural y literario—, es el sello que estos primeros maestros imponen a sus discípulos los cuales prolongarían luego esta orientación en niveles importantes del hispanismo internacional. Fueron los primeros María Rosa Lida y Raimundo Lida, Ángel Rosenblat, Marcos Morínigo, Enrique Anderson Imbert y, luego, Julio Caillet-Bois, Daniel Devoto, Ana María Barrenechea, José F. Gatti, Frida Weber de Kurlat, Juan Bautista Avalle-Arce, Celina Sabor de Cortázar, entre otros. Cada uno de ellos, con personalidades y proyecciones diferentes dentro de aquella común fisonomía.

María Rosa Lida se incorporó al Instituto a los veinticinco años y fue su secretaria entre 1939 y 1943. Allí comenzó la que sería una brillante carrera en el hispanismo internacional con sus estudios sobre el *Libro de Buen Amor* del cual publicó en 1939, en la editorial Losada, una excelente edición con prólogo y notas.

Su formación y sus intereses fueron, desde el comienzo, excepcionalmente amplios y han quedado representados en su obra unánimemente considerada en el primer nivel del hispanismo internacional<sup>7</sup>. Escribió sobre Juan Rodríguez del Padrón, sobre los romances, sobre Fernán Pérez de Guzmán, sobre el *Libro de Alexandre*, sobre el Infante Don Juan Manuel y volvió, en su etapa final, a Juan Ruiz y su *Libro de Buen Amor*. Pero su obra culmina en *La originalidad artística de La Celestina* (1962), publicado en el año de su muerte prematura y dedicado a su maestro Amado Alonso cuyas clases en la Universidad de Harvard, en 1947, "le dieron su impulso inicial y varios puntos de vista" (M. R., Lida: 9). Su intención de "evaluar la excelencia artística de esta obra maestra desde el punto de vista de su originalidad," se cumple acabadamente en este gran clásico de la investigación literaria hispánica caracterizado por su inmensa erudición, rigor analítico, sentido estético y arte expositivo.

7

Entre muchos otros reconocimientos, recordamos que Alan Deyermond encabeza el volumen sobre la Edad Media de la Historia y Crítica de la Literatura Española de la editorial Crítica, con una dedicatoria a doce hispanistas, de primer nivel entre los cuales está María Rosa Lida.

Raimundo Lida, su hermano, tuvo una seria formación filosófica y estética y su obra se destaca por la concentración en algunos pocos temas en los cuales es autoridad indiscutida. Escribió sobre Machado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, pero desde el comienzo su gran tema fue la prosa de Quevedo a la cual dedicó más de dos decenas de trabajos recogidos, primero, en su libro *Letras Hispánicas* (1958) y finalmente, con los últimos, en *Prosas de Quevedo* (1981). En ellos se ocupó, sobre todo, del discurso quevedesco en sus cualidades de dinamismo, acumulación verbal e imprevisibilidad.

Ángel Rosenblat, otro destacado discípulo de Amado Alonso en lo que concernía a los estudios dialectológicos, preparó una excelente edición del *Amadís* (1940) y, años más tarde, la obra más importante sobre *La lengua del Quijote* (1971), pero luego se volcó hacia los temas hispanoamericanos.

Daniel Devoto, musicólogo y crítico literario penetrante y refinado, comenzó sus investigaciones sobre materias donde ambos campos colindan. Trabajó, también, sobre el *Romancero*, sobre García Lorca y aunque su campo específico fue luego el de la literatura medieval, sus enfoques comparatistas desarrollados con gran erudición y sentido estético, lo han llevado a las más diversas zonas y autores: Garcilaso, Lope, Góngora, Calderón, Gracián, Galdós, Valle-Inclán.

Frida Weber de Kurlat fue también discípula de Amado Alonso y él la llevó al Instituto, recién graduada. Allí hizo su carrera y padeció sus vicisitudes, y llegó a ser directora entre 1968 y 1973. Trabajó sobre Fernán González de Eslava, Diego Sánchez de Badajoz y Lope de Vega. Sobre estos temas es autoridad reconocida; y en el caso de la comedia del Siglo de Oro y, en particular, de Lope, abrió nuevos rumbos metodológicos con sus intentos de clasificación y de sistematización morfológica.

Celina Sabor de Cortázar dejó pocos estudios —sobre Quevedo, Lope, Góngora, Garcilaso—, pero todos ellos con la solidez y rigor que distinguen a esta escuela. A ella, en colaboración con Marcos Morínigo e Isaías Lerner, se debe una valiosa edición del *Quijote* (1969 y 1983), dirigida a toda clase de público pero cuyo texto fue fijado con rigor y anotado prolijamente.

Juan Bautista Avalor-Arce se inició muy joven en el Instituto, al lado de Amado Alonso a quien sigue declarando su maestro. Investigador y crítico de variados intereses, su vasta obra realizada fuera de Hispanoamérica, abarca desde los temas medievales hasta Lope, la poesía pastoril, Gutierre de Cetina, Valera, Galdós y Valle-Inclán. Pero el núcleo central se halla en Cervantes a quien ha dedicado trabajos citados en las más exigentes bibliografías y varias ediciones, entre ellas una fundamental del *Quijote* (1979).

Nos hemos referido solamente a algunas de las figuras formadas en la Edad de Oro del Instituto. Lo cierto es que éste conoció luego momentos dramáticos y casi milagrosas resurrecciones. Primero en 1946, cuando bajo la extrema confusión política

y universitaria del primer gobierno de Perón, Amado Alonso debió alejarse de la Argentina dejando trunca su labor. Con él se inició el éxodo de aquel núcleo de brillantes investigadores: María Rosa Lida se traslada a los Estados Unidos, Raimundo Lida a México, Rosenblat a Venezuela, Enrique Anderson Imbert a los Estados Unidos donde proseguiría su labor como hispanoamericanista, Ana María Barrenechea, fiel discípula de Amado Alonso y Henríquez Ureña y gran maestra de hispanistas, alternó, su carrera entre Buenos Aires y las universidades norteamericanas, y Daniel Devoto se instaló definitivamente en Francia.

En 1939 se había creado la *Revista de Filología Hispánica*, dirigida por Amado Alonso y editada conjuntamente por el Instituto de Filología, el Instituto de las Españas y el Departamento de Lenguas Hispánicas de la Universidad de Columbia. Alcanzó en sus ocho volúmenes un nivel comparable al de los mejores momentos de la *Revista de Filología española*, y también se suspendió con la partida de Alonso.

El Instituto fue varias veces reestructurado (Weber de Kurlat, 8-10). Refloreó bajo la conducción de Alonso Zamora Vicente, entre 1949 y 1952, y después de un lapso difícil volvió a resurgir en 1956 dirigido por Macos Morinigo y, sucesivamente por Ana María Barrenechea y Frida Weber de Kurlat. Bajo la dirección de Zamora Vicente comenzó a editarse, en 1949, *Filología* donde se recuperó el nivel de las publicaciones anteriores, pero esta revista fue suspendida durante el tercer gobierno peronista, reanudó su aparición con un número suelto en 1976 y aparece con regularidad desde 1982. Hoy la dirige Ana María Barrenechea y ocupa el primer puesto entre sus pares.

A pesar de todo siguieron apareciendo publicaciones de gran calidad: *Las sonatas de Valle-Inclán* (1951) de Zamora Vicente, una versión ampliada de *La versificación irregular en la poesía castellana*, de Henríquez Ureña; el *Ensayo de una bibliografía razonada de Gustavo Adolfo Bécquer* (1961) de Rubén Benítez y los *Estudios de literatura española y comparada* (1965) de María Rosa Lida de Malkiel.

En suma, pese a estos altibajos, el Instituto ha cumplido una inmensa labor y ha mantenido sus funciones como núcleo de irradiación del hispanismo de Hispanoamérica. Y ha sido precursor de la internacionalización de la investigación hispanística de las últimas décadas.

#### IV. LA ESPAÑA PEREGRINA Y EL NUEVO HISPANISMO DE AMÉRICA

La guerra civil española y el exilio subsiguiente constituyen uno de los fenómenos más apasionantes del siglo XX el cual ha desencadenado ya una inmensa bibliografía, aunque todavía queden aspectos por explorar<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> En una selección extremadamente sintética, y, en función de este trabajo, nos limitamos a mencionar los seis volúmenes titulados *El exilio español de 1939*, dirigidos por J. L. Abellán y editados por

Llegaron a Hispanoamérica miles de exiliados y, también muchos autoexiliados. No todos los países tuvieron una actitud homogénea frente a este proceso y la recepción estuvo condicionada por cada situación local y por las interrelaciones previas con España (E. de Zuleta, 1986-87).

Pero por sobre esta pluralidad de situaciones y condiciones, lo cierto es que los exiliados compartieron una serie de experiencias comunes: el desarraigo, la pérdida del propio espacio y del propio tiempo, el descubrimiento de una nueva realidad, su rechazo o asimilación, la nostalgia, del pasado personal o colectivo.

Es esta última experiencia la que está en la base de un proceso de revisión del pasado literario que se produce en Hispanoamérica por esos años, y que no puede ser explicada simplemente por una necesidad económica que habría llevado a los exiliados a trabajos editoriales y docentes en este campo. Es así como, en un proceso doble, de distanciamiento y de asimilación, inimaginables sin el desarraigo previo, comienza a desarrollarse una nueva dimensión del hispanismo en Hispanoamérica de la cual participan americanos y españoles exiliados, y que tiene sus polos principales en México y Buenos Aires pero que abarca a otros países como Chile, Venezuela, Uruguay y Cuba.

En el caso de México, donde la evacuación de los exiliados y su posterior recepción fue organizada institucionalmente, se pensó en acoger a los intelectuales emigrados en un centro análogo al de Estudios Históricos de Madrid. Tal es el origen de *La Casa de España* en México fundada en 1939 bajo la presidencia de Alfonso Reyes y la secretaría de Daniel Cossío Villegas (C. Lida). Pronto se organizaron cursos y conferencias y salieron a la calle las primeras ediciones<sup>9</sup>. En setiembre de 1940 la Casa de transformó en Colegio de México que presidiría Reyes hasta su muerte y donde, junto a los mexicanos, trabajaron varios españoles como Agustín Millares Carlo, Juan Larrea y Antonio Sánchez Barbudo. Hubo tatos para incorporar a Pedro Henríquez Ureña, pero éste murió en Buenos Aires en 1946. Algunos españoles enseñaron en la Universidad Nacional Autónoma y los más jóvenes estudiaron allí: Arturo Souto Alabarce, Juan Marichal, Manuel Durán, entre otros.

En esta interacción de americanos y españoles comienza a producirse en toda América esa revaloración de la literatura española: entre otros poetas contemporáneos se aprecia, sobre todo, a Lorca y Machado, y entre los clásicos a Góngora y Quevedo. Crece también el interés por Unamuno (Souto Alabarce: 392-94). El redescubrimiento de Galdós, iniciado en plena guerra, prosigue en el exilio y en ocasión de su centena-

---

Taurus en 1976; y tres volúmenes colectivos: *El exilio español en México* (México: FCE, 1982), *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América* (Madrid: Anthropos, 1989), y *El exilio español en Hispanoamérica. Cuadernos Hispanoamericanos 473-74* (1989).

<sup>9</sup> Entre esos primeros cursos destaca el que dictara Pedro Salinas sobre *Las grandes líneas de la literatura española*; y entre las primeras ediciones las de *El teatro y sus enemigos*, de Enrique Díez-Canedo; *Capítulos de literatura española* de Alfonso Reyes; y *Villancicos y romances españoles* de Jesús Bal y Gay.

rio, en 1943, Alfonso Reyes desde México y Guillermo de Torre desde Buenos Aires, encabezan con sus conferencias este proceso. Torre, además, edita en Losada el primer libro de conjunto sobre este autor: *Vida y obra de Galdós* (1943), de Joaquín Casaldueiro.

Don Quijote y Numancia reforzaron su carácter de mitos hispánicos, según lo ha señalado Marie Laffranque a propósito de María Zambrano (136). En casi todos los casos estas nuevas lecturas configuraban fenómenos de refracción en el sentido comparatista del término.

Otro cauce importante de este nuevo hispanismo se abre con la creación de editoriales. En el caso mexicano nos detendremos en la editorial Séneca la cual publicó varias colecciones y algunos libros particularmente memorables: la primera edición de *Poeta en Nueva York* que dio lugar a polémicas con su responsable José Bergamín (E. Martín: 11-74); unas bellísimas *Obras* de Machado, una edición del *Quijote y Literatura Española. Siglo XX* de Pedro Salinas. Las ediciones de clásicos, de gran belleza, reprodujeron otras anteriores de la editorial Signo o de la revista *Cruz y Raya* de Madrid.

Paralelamente iban apareciendo diversas revistas donde convergían españoles y mexicanos y el tema hispánico tenía un lugar importante. Tal es el caso de *Taller* (1938-1941), dirigida por Octavio Paz, donde aparecieron poemas y ensayos de escritores españoles contemporáneos. El mismo Paz ha descrito esta interacción: "Al descubrir a la poesía mexicana, los españoles descubrieron una dimensión desconocida de su propia tradición poética.... Para nosotros, los poetas mexicanos, su presencia fue algo más que un estímulo: fue una confirmación" (Paz: 51 y 65).

Este proceso se prolonga en otras revistas coetáneas y posteriores como *Letras de México* (1937-1947), *Romance* (1940-1941), *El hijo Pródigo* (1943-1946), *Cuadernos Americanos* [1942] (M. Franco Bagnouls, M. Andújar, A. León Portilla; P.W. Fagen: 142-49). Todas ellas contienen mucho material hispánico: textos literarios y críticos, bibliografía e información cultural y artística.

El caso argentino es diferente. Llegaban los exiliados a una sociedad que había tenido una importante inmigración desde hacía un siglo y contaba con instituciones universitarias consolidadas. La asimilación fue más rápida y produjo resultados menos espectaculares, y la acción del nuevo hispanismo se canalizó, sobre todo, a través del campo editorial.

En efecto, con el estallido de la guerra civil se inicia lo que el investigador francés Pierre Lagarde ha llamado "la grande chance" cuando buena parte de la industria editorial en español se traspasa a la Argentina mediante la transformación de casas editoras preexistentes como Sopena, Labor, Espasa-Calpe y otras, o mediante la fundación de nuevas editoriales donde exiliados y argentinos trabajaron a la par.

Entre estas últimas sobresale Losada fundada en 1938 por Gonzalo Losada a quien acompañaron desde el primer momento Guillermo de Torre, Pedro Henríquez Ureña, Amado Alonso y Francisco Romero. Torre había conducido la Colección Austral de Espasa-Calpe y ahora intervendría activamente en la Colección Contemporánea de Losada. En ambas se editaron o reeditaron numerosas obras españolas.

Losada publicó, además, otros libros que merecen acreditarse en este balance del hispanismo. Entre ellos, las primeras *Obras completas* (1938-1946) de Federico García Lorca, recopiladas por Guillermo de Torre, las cuales constituyeron durante años el corpus lorquiano más completo y accesible. En la colección "Poetas de España y América", dirigida por Torre y Alonso, fueron editados *Entre el clavel y la espada* (1944) de Rafael Alberti, *Poesía junta* (1942) de Pedro Salinas, *Como quien espera el alba* (1947) de Luis Cernuda y *Sombra del paraíso* (1947) de Vicente Aleixandre. Luego aparecieron otras obras poéticas y dramáticas de Alberti y la primera edición de sus *Poesías completas* (1961). En 1953 se publicó el *Cancionero; Diario poético* de Miguel de Unamuno, editado por Federico de Onís, obra que impone un notable viraje en los estudios sobre este autor. La enumeración sería inacabable: *Obras; poesía y prosa* (1964) de Antonio Machado, fue la única edición confiable durante años y *Obras* (1963) de León Felipe, no ha sido sustituida aún. Habría que mencionar muchos títulos de autores como Ferrater Mora, Ayala, Américo Castro y Sánchez Albornoz. O la trilogía *La forja de un rebelde* (1951) de Arturo Barea, uno de los más valiosos testimonios de la vida española desde comienzos de siglo hasta la guerra civil.

Otra gran editorial fundada por aquellos años fue Sudamericana donde también publicaron varios de los autores mencionados y otros como Ramón Gómez de la Serna y Jorge Guillén. De este último se edita en 1950 la cuarta versión de *Cántico* y, luego, los tres volúmenes de *Clamor*.

Emecé fue dirigida al comienzo por dos gallegos, Luis Seoane y Arturo Cuadrado, quienes iniciaron en 1940 la publicación de las colecciones "Dorna" y "Hórreo" en las cuales aparecieron obras de aquella literatura regional. Luego la editorial diversificó sus colecciones pero mantuvo su fondo español de obras de Valera, la Pardo Bazán y "Clarín." (Durante años la única edición disponible de *La Regenta* (1946) fue la suya).

Otras editoriales donde los gallegos prevalecieron fueron Nova y Botella al Mar. Pero no se agota aquí la lista de empresas orientadas por españoles pues habría que mencionar a Poseidón, Atlántida, Schapiro, PHAC, Pleamar entre otras. A esta última pertenece la bellísima colección de poesía "Mirlo," dirigida por Rafael Alberti, donde aparecieron obras de Garcilaso, Góngora, Bécquer, Machado, Juan Ramón Jiménez —de este último una edición bilingüe de *Animal de fondo* (1949), con versión francesa de Lisandro Z. D. Galtier.

No existe aún un registro completo de esta inmensa biblioteca que alimentó un hispanismo actualizado según las nuevas circunstancias de la posguerra civil y que mantuvo las interrelaciones con España en una medida insospechable y que habrá que establecer desbrozando generalizaciones y preconceptos.

Otra faceta de esta labor editorial la constituyen algunas colecciones como la de Clásicos Castellanos de Estrada, iniciada en 1943, y cuyos prologuistas fueron hispanistas argentinos, y los Clásicos Jackson donde apareció un *Quijote* prologado por Federico de Onís, y una recopilación del *Teatro* de Lope de Vega presentada por Guillermo de Torre<sup>10</sup>. (Este último anticipa allí, ya en 1950, el tema de “la difícil universalidad española” que ampliaría en su conferencia plenaria del Primer Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas en 1962).

Como en el caso mexicano tuvieron singular importancia las revistas las cuales cumplieron, además, una labor de crítica “de soutien” de la actividad editorial. *De mar a mar* (1942-1943) fue dirigida por Lorenzo Varela y Arturo Serrano-Plaja quienes venían de colaborar en *Romancero* de México. Estaba magníficamente ilustrada y daba importante lugar a la literatura española. Dos ejemplos: el número uno, donde se conmemora la muerte de Miguel Hernández con la conocida *Égloga fúnebre* de Rafael Alberti, y el número cinco de homenaje a Galdós en el centenario de su nacimiento. La revista contiene ensayos y poesía de exiliados en la Argentina e información bibliográfica variada.

*Correo Literario* (1943-1945) dirigida por tres gallegos, Arturo Cuadrado, Luis Seoane y Lorenzo Varela tenía parentesco evidente con las anteriores, *Romance* y *De mar a mar*, pero se diferenciaba de esta última por su sesgo político y la mayor atención dedicada a las artes plásticas, el teatro, el cine y la música. El ensayo fue el género dominante en parte enfocado hacia la literatura española del siglo XX, pero también contiene muestras de poesía y narrativa contemporánea.

*Cabalgata* (1946-1948), dirigida por el catalán Joan Merli de la editorial Poseidón, se relacionó estrechamente con sus actividades. Publicó ensayo, poesía y narrativa de los exiliados y allí hizo crítica pictórica, entre otros, Ramón Gómez de la Serna, y crítica cinematográfica, Francisco Madrid y Manuel Villegas Lopez<sup>11</sup>.

Simultáneamente un desarrollo análogo se producía en otros lugares de América. En el caso de Chile quizá lo más importante haya sido la creación de la editorial Cruz del Sur, dirigida por Arturo Soria, con la colaboración de José Ricardo Morales

<sup>10</sup>

Otros volúmenes de esta serie, dedicados a la literatura española, son los siguientes: *Moralistas castellanos*, preparado por Ángel del Río; *Obras escogidas de Quevedo*, por Germán Arciniegas; *Teatro de Calderón*, por José Bergamín; *Antología de poetas líricos castellanos*, por Ricardo Baeza; *Escritores místicos españoles*, por José Gaos; *Poetas dramáticos españoles*, por Rafael Alberti.

<sup>11</sup>

Me he ocupado extensamente de estas y otras revistas en mi estudio *Relaciones literarias entre España y la Argentina* (Madrid: Cultura Hispánica, 1983).

y José Ferrater Mora. Entre sus colecciones sobre temas españoles destacan "La fuente escondida" que recoge poetas olvidados del Siglo de Oro en diez pequeños volúmenes exquisitamente impresos; "Divina palabra", dedicada a místicos y ascetas, "Razón de vida," a la filosofía del mundo hispano. El mismo Morales editó una de las primeras antologías de *Poetas en el destierro* (1943), y bajo el sello de Cruz del Sur fue impresa en Mendoza la primera edición de *Jorge Guillén; Cántico* (1946), de Joaquín Casaldueiro.

Enseñó en Chile durante largos años otro exiliado, Eleazar Huerta y allí dio a conocer varios libros de importancia como *Poética de Mio Cid* (1948) e *Indagaciones épicas* (1969).

Segundo Serrano Poncela estuvo primero en Santo Domingo y luego en Venezuela donde elaboró obras entre las que destacan *El pensamiento de Unamuno* (1953) y *Antonio Machado, su mundo y su obra* (1954), la primera editada en México y la segunda en Buenos Aires.

Manuel Altolaguirre editó desde su exilio en La Habana su revista *La Verónica* (1942) donde queda abundante material español (J. Valender). Y José Bergamín enseñó entre 1947 y 1954 literatura española en Montevideo.

Sin duda, nuestra síntesis comprime en un panorama muy limitado la acción hispanística de esta vertiente transterrada. Sobre todo, apenas esboza un cuadro de las publicaciones donde lo hispánico tuvo lugar dominante durante esta etapa. Sus temas y autores también estuvieron permanentemente en periódicos y revistas no encabezadas por españoles. Este inmenso material apenas explorado deberá ser examinado para trazar una verdadera historia del hispanismo en América.

## V. LOS CENTROS UNIVERSITARIOS Y LOS GRANDES TEMAS

Este proceso irregular que venimos describiendo fue posible gracias al respaldo de la institución universitaria que, con grandes diferencias de nivel y solidez según los países, constituyó la base de los momentos culminantes y los períodos de latencia.

Nos hemos ocupado del Instituto de Filología de Buenos Aires, pero en un enfoque más amplio —que no es el de este trabajo—, debimos mencionar algunas figuras en el campo universitario y de la crítica se ocuparon de temas de literatura española. Un ejemplo podría ser el de Roberto F. Giusti, director de la revista *Nosotros* y catedrático quien escribió sobre poesía medieval, Cervantes, la picaresca, Jovellanos, Galdós.

En la Universidad de La Plata<sup>12</sup> la figura orientadora fue, sin duda, la de Arturo Marasso quien tras su jubilación en 1944 se traslada a la Universidad del Sur, en Bahía Blanca. Autor de uno de los mejores estudios sobre *Rubén Darío y su creación poética* (1934), contribuye al hispanismo con libros como *Cervantes; La invención del Quijote* (1943), *Estudios de literatura castellana* (1955) y *Góngora; Hermetismo poético y alquimia* (1965). En este último Góngora es visto en su relación con poetas clásicos y, en particular, con Licofrón, en un enfoque que procura desentrañar su saber mitológico y sus conexiones con la tradición pitagórica. Otros trabajos del volumen abordan aspectos del hermetismo en la literatura española. Su discípulo, Héctor Ciocchini, ha dicho: "Es Marasso, ante todo, un iniciado" (9). Y es esta una faceta singular de su personalidad de hispanista. Otra es su esfuerzo por situar a la literatura española en un contexto europeo, sólidamente explicada por sus antecedentes clásicos y, como hemos señalado, por sus elementos iniciáticos.

Sobre estos ejes se prolonga una dirección singular en la Universidad del Sur. El primero de sus seguidores es Ciocchini, autor de un trabajo sobre *Góngora y la tradición de los emblemas*, y discípulo de ambos, Dinko Cvitanovic quien ha presentado y recopilado trabajos sobre *El sueño y su representación en el Barroco español* (1969) y ha trabajado sobre *La idea del cuerpo en las letras españolas* (1973).

En la Universidad de Tucumán trabajó durante muchos años Emilio Carilla, autor de *El gongorismo en América* (1946), *Estudios de literatura española* (1958); y de cuyo *Quevedo* (1949) dijo Dámaso Alonso que era el mejor estudio de conjunto hasta ese momento. Su obra enfoca, particularmente, las interrelaciones literarias como en el caso de *Manierismo y barroco en las literaturas hispánicas* (1983).

En la Universidad de Cuyo trabajó Rodolfo Borello, autor de varios trabajos sobre Manrique, Juan Ruiz y, sobre todo, de las *Jaryas andalucses* (1959). Quien esto escribe ha publicado una *Historia de la crítica española contemporánea* (1966), *Cinco poetas españoles* (1971), *Arte y vida en la obra de Benjamín Jarnés* (1977) y numerosos artículos sobre autores del siglo XX. Gloria Videla es la autora de *El ultraísmo* (1963).

México también ha logrado mantener la continuidad de su hispanismo universitario desde aquel momento culminante del Centenario. Antonio Alatorre ha desarrollado su labor docente y de investigador en la Universidad y en el Colegio de

<sup>12</sup>

Bajo el sello del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, y dirigidos por Raúl H. Castagnino, aparecieron dos volúmenes de gran interés para el hispanismo. El primero, Ramón M. del Valle-Inclán, 1886-1966; Estudios reunidos en conmemoración del centenario (1965), con veintitrés trabajos de notable calidad, entre los que destacan los de J. F. Gatti y A. J. Battistessa. El segundo, Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro; Estudios reunidos en conmemoración del II centenario de su muerte (1764-1964) [1967], también contiene estudios excelentes, entre ellos los de R. H. Castagnino, J. C. Ghiano y E. Carilla. Es significativa, asimismo, la inclusión de colaboraciones de los exiliados Clemente Hernando Balmori, Luis Seoane y Gumersindo Sánchez Guisande, entre otros.

México y, además de sus cotribuciones en ambos aspectos, se le debe una valiosa labor al frente de la *Nueva Revista de Filología Hispánica* de la cual ha sido secretario desde 1953 y director desde 1960. Ermilo Abreu Gómez escribió varias obras vinculadas con el hispanismo como sus *Lecciones de literatura española* (1944) y *Diálogo del Quijote* (1961).

Acabamos de nombrar a la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, editada por el Colegio de México desde julio-setiembre del 1947, bajo la dirección de Amado Alonso —que por entonces estaba en Harvard—, y la secretaría de Raimundo Lida. En ella han colaborado durante más de cuatro décadas, en equilibrada proporción, hispanistas no hispánicos junto a españoles o hispanoamericanos. También se ha mantenido el nivel de calidad de los trabajos publicados. En aquel primer número se anunciaba: [...] la labor del disperso Instituto de Filología de Buenos Aires se reanuda ahora en el Colegio de México con ayuda de la Fundación Rockefeller [...] y se irá dando a conocer en la *Nueva Revista de Filología Hispánica* publicada con la misma orientación que la *RFH* y con los mismos y nuevos colaboradores” (*NRFH* 1.19 [1947.1: 112]). En efecto, se reanuda así la continuidad de la labor iniciada en Buenos Aires: diríamos que hacia 1946-1947, México se refuerza como núcleo de irradiación del hispanismo de hispanoamérica y allí convergen y desde allí se difunden los frutos de aquella comunidad científica dispersa por el mundo. Años más tarde, a partir de 1961, *Anuario de Letras* de México, bajo la dirección del español Lope Blanch es otra de las revistas donde predominan los temas hispánicos, en particular, lingüísticos, aunque los colaboradores peninsulares sobrepasen en número a los hispanoamericanos.

Por esos años publica sus primeros trabajos Margit Frenk Alatorre, una de las hispanistas sobresalientes de estas últimas décadas, especialista en temas varios del Siglo de Oro, pero concentrada luego en el estudio de la lírica popular. Esta dirección, que comenzara en su tesis en 1946, culminará en su libro *Corpus de la antigua lírica popular hispánica* (1987) que Rafael Lapesa ha calificado de “obra asombrosa” por sus tesis originales, por su método y por su recopilación de miles de textos que prueban la confluencia de la tradición popular y la culta (Lapesa, 1988).

Chile también tenía una tradición de hispanismo a la que hemos aludido antes y que puede rastrearse en sus revistas como *Atenea*. Sus universidades han tenido maestros notables como Antonio Doddis, especialista en literatura española clásica, además de hispanoamericana. Con similar bifurcación se desarrolló la obra de Juan Uribe Echeverría, autor de un libro sobre *Cervantes en las letras hispanoamericanas* (1949). Y de otro sobre *Pío Baroja; técnica, estilo, personajes* (1957).

A una promoción posterior pertenece Hugo Montes, formado dentro de la escuela de estilística española quien se ha ocupado de temas del Siglo de Oro, de Azorín, Menéndez Pelayo y Antonio Machado, y dirige la *Revista Chilena de Literatura*, órgano del Departamento de Español de la Universidad de Chile.

Puerto Rico es otro centro clave troquelado por la voluntad de restablecer su entronque con la literatura y la cultura española. Tuvo su primera manifestación en la llamada generación de 1930 y su maestro en Antonio S. Pedreira, fundador y director del Departamento de Estudios Hispánicos, creado en 1928 con el respaldo de Federico de Onís (Robles de Cardona: 26-50; Caniao Salgado: 6). Fueron sus compañeras y discípulas Concha Meléndez y Margot Arce. Esta última es una de las figuras más importantes de nuestro hispanismo. Formada con Menéndez Pidal, Américo Castro y Dámaso Alonso, introdujo en Puerto Rico la crítica estilística y dirigió durante años el Departamento de Estudios Hispánicos. Aunque ha trabajado sobre la literatura española clásica y moderna, su obra fundamental sigue siendo *Garcilaso de la Vega; Contribución al estudio de la lírica española del siglo XVI* (1930).

En los años posteriores el hispanismo puertorriqueño conoció momentos capitales. La presencia de Pedro Salinas, entre 1943 y 1946; la de Juan Ramón Jiménez, desde 1951 hasta su muerte en 1958; la de Federico de Onís, después de su jubilación en Columbia en 1954, reforzaron el prestigio de este tipo de estudios en la Universidad. Luego, Ricardo Gullón que venía desde España y Francisco Ayala que huía de su exilio argentino, vigorizaron este nuevo núcleo de irradiación<sup>13</sup>.

La revista *Asomante*, fundada en 1945, como órgano de la Asociación de Graduados de la Universidad de Puerto Rico, publicó durante veintiséis años trabajos de españoles, hispanoamericanos y puertorriqueños, y varios números especiales, de consulta indispensable, sobre Cervantes, Salinas, Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez<sup>14</sup>.

Francisco Ayala emprendió un programa de publicaciones para la Universidad, entre ellas la revista *La Torre*, uno de los más importantes vehículos de nuestro hispanismo donde colaboraron españoles e hispanoamericanos. Autores como Unamuno, Machado y Juan Ramón Jiménez fueron examinados a fondo en números especiales. Sobre este último escribieron María Teresa Balbín y Graciela Palau de Nemes, autora de uno de los libros más importantes sobre este autor: *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez* (1957). Otros hispanistas hispanoamericanos —Margot Arce, Eugenio Florit, Gustavo Correa—, colaboraban regularmente allí, y también lo hizo desde sus inicios una brillante investigadora puertorriqueña, Luce López Baralt quien ya se especializaba en las relaciones hispano-islámicas.

En el año 1970-1971 publicó *La Torre* un volumen de homenaje a Ramón Menéndez Pidal. Junto con los que le habían dedicado *Filología* (1968-69) y *Anuario*

13

Francisco Ayala, en el volumen segundo de sus memorias, Recuerdos y olvidos (1983: 123-77), describe con detalle situaciones y personajes de este sibgular enclave puertorriqueño.

14

Inseparable de la activa personalidad de su directora, Nilita Vientós Gastón, *Asomante* se prolongará en Sin nombre, a partir de 1970, tras un pleito de alta temperatura política.

de *Letras* (1968-69), son buenos ejemplos del alto nivel alcanzado por la hispanística hacia esas fechas.

Un caso aparte es el de Colombia, país con una fuerte tradición hispanizante —la de Rufino J. Cuervo y Miguel A. Caro, el gran amigo de Menéndez Pelayo—, donde esa impronta ha persistido en la creación literaria. Por el contrario, la investigación se orienta, preferentemente, al campo de la lingüística. Tal es el signo predominante en su prestigioso Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, fundado en 1945, y cuyo *Boletín* se convirtiera, a partir de 1951, en *Thesaurus*, una de nuestras grandes revistas filológicas, en donde han colaborado numerosos críticos hispanoamericanos sobre temas que van desde el *Poema de Mio Cid* a Galdós y Unamuno.

En otros países de América hubo un hispanismo marginal, carente de desarrollo orgánico, aunque haya dado lugar, a manifestaciones curiosas como en el caso del uruguayo Carlos Real de Azúa, de origen católico nacionalista que luego levanta contra la hispanidad sin panamericanismo análogo al del peruano Luis Alberto Sánchez (Real de Azúa: 1987). O el de su compatriota Arturo Ardao, autor de uno de los mejores libros sobre Feijóo a quien ubica dentro de un cuadro cabal, en España y en Europa, y desde la filosofía griega a la del siglo XVIII: *La filosofía polémica de Feijoo* (1962).

## V. DIÁSPORA E INTERNACIONALIZACIÓN. BALANCE Y PERSPECTIVAS

Según se deduce de la exposición anterior, muchos de nuestros hispanistas mejores se han visto obligados, en las últimas décadas a desarrollar su actividad fuera de sus propios países. Es éste un fenómeno en el cual influyen causas diversas de orden académico y político. Mientras que a partir de la década de los sesenta se produce un gran desarrollo de la actividad académica en los Estados Unidos y, en menor medida, en Europa, las condiciones políticas llevaban al exilio o al autoexilio a numerosos hispanoamericanos y sus universidades entraban en una progresiva decadencia, pese a lapsos intermedios de aparente tranquilidad o reactivación. Este proceso es evidente en países como la Argentina, Chile, Colombia y, en menor medida, en México.

No fueron siempre las motivaciones de orden económico las que impulsaron esta diáspora, sino el desmantelamiento de institutos, la desaparición de grandes maestros y la inestabilidad que frustró la formación de sus discípulos ya que este tipo de labores exige, por su naturaleza, tiempo y continuidad. En síntesis, lo que buscaron muchos hispanistas de Hispanoamérica fuera de sus países era —en este orden—, bibliotecas y centros de documentación bien dotados, un marco institucional orgánico, la posibilidad de publicación de sus trabajos y un mínimo de seguridad económica, indispensable para el trabajo intelectual. Continuaban así una tradición cuyos

antecedentes hemos explorado en este trabajo pero que se incrementa por las causas que acabamos de mencionar.

La lista de investigadores que desarrollan casi íntegramente sus carreras universitarias fuera de sus países, es inagotable pero citaremos algunos ejemplos con plena conciencia de que dejamos fuera otros quizá más ilustrativos. La argentina Emma Susana Speratti Piñero, una de las mejores conocedoras de Valle-Inclán, trabajó en México. Sus compatriotas Isafas Lerner y Lía Schawrtz —especialistas en Cervantes y Quevedo—, lo hacen en los Estados Unidos. La puertorriqueña Iris Zavala, autora de una importante tesis sobre *Unamuno y su teatro de conciencia* (1963), de estudios sobre la literatura española de los siglos XVIII y XIX y coautora de una polémica *Historia social de la literatura española* (1978-1979), después de una etapa en los Estados Unidos, enseña en Holanda. El chileno Juan Villegas, autor de obras valiosas como *La interpretación de la obra dramática* (1971) y *La estructura mítica del héroe* (1973), continúa su labor de hispanista en California. El colombiano Rafael Gutiérrez Girardot después de un libro fundamental sobre Machado, *Poesía y prosa en Antonio Machado* (1969), ha procurado explicar el Modernismo situando las letras hispánicas dentro del contexto europeo de fin de siglo, con enfoques originales y polémicas contra la crítica española actual, en libros como *Modernismo* (1983).

A esta internacionalización del hispanismo de Hispanoamérica han contribuido, además, instituciones no universitarias. Precursora en este sentido, fue la acción del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid, creado en 1946 con un vasto programa de intercambio —becas, publicaciones, revistas—, y una política cultural que, pese a la situación española, ha llevado a cabo sin exigencias ideológicas o doctrinarias. Gracias a ello muchos hispanoamericanos hicieron su indispensable viaje a España: “Siempre me ha parecido que el viaje a España es tan obligado para el puertorriqueño —y aún más— que lo era el viaje a Italia para los españoles de la Edad de Oro,” ha dicho con acierto Margot Arce (115). Viaje indispensable en el orden afectivo y en el de las vivencias directas que fructificó en el alto grado de comprensión de valores vitales y estéticos que distingue al Hispanismo de Hispanoamérica del de otras áreas del hispanismo internacional. Asimismo, muchos hispanoamericanos estudiaron bajo la dirección de los mejores maestros españoles —Lapesa, Alonso, Zamora Vicente, López Estrada—, y, a veces, esos estudios culminaron en tesis de gran valía. Se vincularon, también, con los centros académicos y con las editoriales españolas lo cual origina su presencia creciente en los catálogos de estas últimas<sup>15</sup>.

<sup>15</sup>

A título ilustrativo mencionaremos algunos ejemplos. En la Biblioteca Románica Hispánica de la Editorial Gredos, entre 1950 y 1980, los autores hispanoamericanos ocupan un 16% del catálogo, mientras que los españoles descienden del 55% en el ciclo 1950-1970 al 36% entre 1970-1980, frente a los no-hispánicos que progresan durante dichos ciclos del 29% al 48%. (Los dos primeros hispanoamericanos que publicaron en Gredos fueron Luis Alberto Sánchez con *Proceso y contenido de la novela*

Han tenido los hispanistas de Hispanoamérica una destacada intervención en congresos, simposios y reuniones internacionales. En primer lugar, en las reuniones de la Asociación Internacional de Hispanistas desde su primer congreso de Oxorford en 1962. En el segundo, realizado en Nimega en 1965, tuvieron a su cargo exposiciones en sesiones plenarias dos argentinos, Ángel Rosenblat y Raimundo Lida. La Asociación tiene numerosos socios en estos países, especialmente en la Argentina, México y Puerto Rico. En 1986 se fundó la Asociación Argentina de Hispanistas que ya ha realizado tres congresos (1986, 1989, 1992).

Difícil resulta establecer un pronóstico acerca del desarrollo de este sector del hispanismo que venimos considerando. Simplemente podríamos señalar algunas de sus notas actuales y conjeturar, a partir de ellas proyecciones futuras. En primer lugar, diremos que se trata de un hispanismo que, conservando sus notas esenciales, ha renovado sus métodos gracias al desarrollo teórico alcanzado en nuestros países desde los tiempos precursores del Instituto de Filología de Buenos Aires o de las obras de Alfonso Reyes (Zuleta, 1983).

En segundo lugar, afirmamos que no es el nuestro un hispanismo trasplantado, puesto que ha definido a lo largo del tiempo formas originales, puntos de vista independientes —recordamos los casos de Henríquez Ureña y Reyes—, y aun actitudes antagónicas frente a la crítica española. (Valgan como ejemplos las posiciones de Gutiérrez Girardot o la de los chilenos Martínez Bonati e Ibáñez Langlois) [Zuleta, 1983:57].

En tercer lugar, la asistencia a reuniones científicas, las becas y, ayudas para viajes, las conexiones entre redes informáticas, facilitan hoy el intercambio de conocimientos y el acceso a las fuentes y, con ello, el buen nivel de la investigación hispanística.

Habría, pues, razones para el optimismo. Sin embargo, la situación de las universidades hispanoamericanas y particularmente la de sus facultades de humanidades, es alarmante. La falta de actualización de los fondos bibliográficos, la desorganización de sus servicios, revelan una involución con respecto a etapas anteriores. Muchos equipos de investigación se han desmantelado, sus directores y colaboradores abandonaron su actividad en procura de otras más seguras o remunerativas. Las posibilidades de publicar monografías y libros son cada vez más remotas. Difíciliente pueden imaginar nuestros colegas de otras latitudes la violencia con que ha sido pues-

---

hispanoamericana (1953) y Ramón de Zubiría, autor de un muy valioso estudio sobre La poesía de Antonio Machado [1955]). La colección de Clásicos Castalia confió varios textos importantes a autores hispanoamericanos: Los trabajos de Persiles y Segismunda de Cervantes y El peregrino en su patria de Lope, por J. B. Avalle-Arce; Servir a señor discreto de Lope, por Frida Weber de Kurlat; La Araucana de Ercilla, por Marcos Morinigo e Isaías Lerner; La Gatomaquia de Lope, por Celina Sabor de Cortázar, y el Rimado de Palacio de Pero López de Ayala, por Germán Orduma.

ta a prueba nuestra vocación y con cuanta abnegación, sacrificio y trabajo se suplen las deficiencias y carencias.

Pero que en muchos lugares de Hispanoamérica se siga enseñando e investigando, que se mantenga la fidelidad a las orientaciones de nuestros grandes maestros, que nuestros graduados acrediten un nivel que les permite seguir con decoro sus estudios en los grandes centros universitarios, son hechos que permiten alentar la esperanza de una recuperación en este sector del hispanismo que tiene tan fecundos y notables antecedentes.<sup>21</sup>

### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALONSO, Amado. "Pedro Henríquez Ureña, investigador", *Sur* 141 (1946):29.
- ALONSO, Dámaso. "Perspectivas del hispanismo actual." *Actas del Segundo Congreso Internacional de Hispanistas*. Nimega: Instituto Español, 1967. 17-23.
- ANDÚJAR, Manuel. "Las revistas culturales del exilio en Hispanoamérica." *El exilio español de 1939* (J. L. Abellán ed.). Madrid: Taurus, 1976. III. 21-92.
- ARCE, Margot. "Las raíces", *La Torre* 4 (1956): 115-22.
- AYALA, Francisco. *Recuerdos y olvidos. 2. El exilio*. Madrid: Alianza, 1983.
- CANINO SALGADO, Marcelino. "Notas sobre la crítica literaria en Puerto Rico." *La Torre* 79-80 (1943): 43-86.
- CIOCCHINI, Héctor. *Arturo Marasso*. Buenos Aires: E. C. A, 1967.
- "XV Curso de vacaciones." *Residencia* 2 (1926): 183.
- DONOSO, Armando. *Dostoiewski, Renán, Pérez Galdós*. Madrid: Calleja, 1925.
- . *La otra América*. Madrid: Espasa-Calpe, 1925.
- FAGEN, Patricia W. *Transterrados y ciudadanos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- FOGELQUIST, Donald. *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Gredos, 1968.
- FRANCO BAGNOULS, María de Lourdes. "*Letras de México*" (1937-1947); *Índice y estudio*. México: UNAM, 1981.
- GRASES, Pedro. "Los estudios de Bello en Londres sobre literatura medieval." *Bello en Londres*. Segundo Congreso del Bicentenario. Caracas: Fundación La Casa de Bello, 1981. 41-58.
- GUTIÉRREZ VEGA, Zenaida. *José María Chacón y Calvo, hispanista cubano*. Madrid: Cultura Hispánica, 1969.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. *Historia de la cultura en la América Hispánica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1947.

<sup>21</sup> Publicamos este artículo, anticipado en *Hispania*, 75 (october, 1992), por su experiencia da autora.

- “La influencia de la revolución en la vida intelectual de México” (1925). *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. 610-17.
- “Seis ensayos en busca de nuestra expresión.” *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. 241-330.
- “La cultura de las humanidades.” *Obra crítica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1960. 595-603.
- “España y los Estados Unidos.” *Obras completas*. III. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. 1976. 177-78.
- “En la orilla.” *Obras completas*. V. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. 1979. 69-88.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y Alfonso Reyes. *Epistolario íntimo*. 1. Santo Domingo: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña. 1981.
- LAFFRANQUE, Marie. “María Zambrano y la hermenéutica del *Quijote*.” *Cuadernos Hispanoamericanos* 413 (1984): 103-20.
- LAPESA, Rafael. “Semblanza de Américo Castro.” *Homenaje a Américo Castro*. Madrid: Universidad Complutense, 1987. 12-134.
- “El mundo de la antigua lírica popular hispánica.” *Saber leer* 19 (1988): 4-5.
- LEÓN PORTILLA, Ascensión H. de. *España desde México; Vida y testimonio de transterrados*. México: UNAM, 1978.
- LIDA, Clara. “Las instituciones mexicanas y los intelectuales españoles refugiados: la Casa de España y los Colegios del exilio.” *El pensamiento español contemporáneo y la idea de América*. (J. L. Abellán y A. Morales, Coords.). Madrid: *Anthropos*, 1989. II. 79-155.
- LIDA, María Rosa. *La originalidad artística de La Celestina*. Buenos Aires: Eudeba, 1962.
- MARTÍN, Eutimio. “Justificación de la presente edición.” *Poeta en Nueva York; Tierra y luna de Federico García Lorca*. Barcelona, Ariel, 1981. 11-106.
- MOYA, Ismael. “Ricardo Rojas, el argentino esencial.” *Revista Iberoamericana* 46 (1958): 283-309.
- PAZ, Octavio. “México y los poetas del exilio español.” *Hombres en su siglo*. Barcelona: Sudamericana-Planeta, 1984. 47-66.
- PORTOLES, José. *Medio siglo de filología (1896-1952)*. Madrid: Cátedra, 1986. 89-113.
- REAL DE AZÚA, Carlos. *Escritos*, Montevideo: Arca, 1987.
- ROBLES DE CARDONA, Mariana. “El ensayo puertorriqueño en los últimos veinte años.” *Asomante* 3 (1964): 24-51.
- ROJAS, Ricardo. *Retablo español*. Buenos Aires: Losada, 1948.
- ROSENBLAT, Ángel. “Amado Alonso.” *Cursos y conferencias* 253-254-255 (1953): 113-19.
- SOUTO ALABARCE, Arturo. “Letras.” *El exilio español en México*. México: Salvat-FCE, 1982. 363-408.

- VALENDER, James. "La Verónica (1942); una revista del exilio." *Cuadernos Hispanoamericanos* 473-74 (1989): 221-40.
- VIENTÓS GASTÓN, Nilita. "Biografía de una revista *Asomante-Sin Nombre* (1945-1985)." *Asomante-Sin Nombre* 16.1 (1984): 9-62.
- ZULETA, Emilia de. *Historia de la crítica española contemporánea*. Madrid: Gredos, 1974 (2ª. ed.).
- . *Relaciones literarias entre España y la Argentina*. Madrid: Cultura Hispánica, 1983.
- . "Direcciones actuales de la crítica en Hispanoamérica." *Cuadernos del Sur* 16 (1983): 51-68.
- . "El exilio español de 1939 en la Argentina." *Boletín de literatura comparada* 11-12 (1986-1987): 159-78.
- . "Unamuno desde América." *Cuadernos Hispanoamericanos* 440-441 (1987): 101-17.
- ZULETA ÁLVAREZ, Enrique. *El nacionalismo argentino*. Buenos Aires: La Bastilla, 1975.